

Capítulo 1

Monk's Huntley
Inglaterra, 1808

La señorita Violet Knowlton sospechaba desde hacía años que le pasaba algo extraño. No fue, sin embargo, hasta su decimotercer cumpleaños cuando su falla oculta salió por fin a la luz. Hasta ese momento se había considerado una niña obediente y afortunada, a pesar de haber perdido a sus padres tanto tiempo atrás que no guardaba recuerdos de ellos ni podía, por tanto, llorar su pérdida.

Sus tíos, el barón Ashfield y su esposa, lady Ashfield, la habían protegido y criado entre algodones, como si fuera su propia hija. Incluso se habían trasladado desde el bullicioso Falmouth al remoto villorrio de Monk's Huntley para alejarla de la maldad que, según le habían advertido, aguardaba más allá de la puerta, siempre dispuesta a abalanzarse sobre una muchacha inocente.

Al ir haciéndose mayor, Violet adquirió la costumbre de mirar por la ventana de su cuarto y preguntarse qué forma tomaría aquel peligro. ¿Sería un hombre? ¿Una bestia? Tenía desde siempre la impresión de que aquella amenaza desconocida se cernía sobre todas las jovencitas. Si sus tutores le hubieran explicado por qué a veces dejaban de hablar cuando ella entraba en una habitación repentinamente, o le hubieran confesado que lo que pretendían era protegerla de sí misma, tal vez habría sabido que jamás debía bajar la guardia.

En todo caso, era un empeño abocado al fracaso.

Faltaban dos meses para su decimotercer cumpleaños, cuando una tarde, al mirar por su ventana, reparó por primera vez en el chico del cementerio abandonado que se extendía entre la casa solariega de su tío y el bosque. Había caído el crepúsculo y el muchacho parecía haberse enzarzado en un enérgico duelo, aunque Violet no viera por ningún lado a su oponente.

Pasaron tres días antes de que volviera a verlo. Esta vez aún no había oscurecido, y Violet comprobó que estaba peleando él solo. Después de aquello comenzó a vigilar, apoyada en un taburete, con la esperanza de vislumbrar su misteriosa figura.

No podía haber descrito al muchacho con detalle. Desde su puesto de observación parecía alto, esquivo y lleno de energía. No era un fantasma. Una vez lo vio a la luz del día, corriendo entre las criptas mientras blandía una espada por encima de su cabeza. Corría como si hubiera salido de las páginas de una novela de aventuras, como si tuviera dragones que matar o que pretendieran matarlo a él.

A veces aparecía y desaparecía ante sus ojos como un mago. Violet se preguntaba quién era y dónde vivía, y por qué no le daba miedo jugar en el cementerio, un lugar que todos los habitantes de Monk's Huntley preferían evitar. Se pasaba horas pensando en él porque se sentía sola y ansiaba hacerse amiga de otras jovencitas del pueblo. Pero las chicas que se habían criado en la parroquia se negaban a permitir que una forastera como Violet entrara en su círculo. Cuanto más se esforzaba por impresionarlas, más se apartaban de ella, hasta que por último dejó de intentarlo.

Su amiga más íntima, y la única, en realidad, era la señorita Winifred Higgins, la institutriz a la que había contratado su tío en la feria de primavera. La señorita Higgins era una pelirroja bien parecida y dueña de una simpatía seductora que, nada más empezar a estrechar lazos con Violet, le había hecho una confesión sorprendente: había mentido al barón Ashfield acerca de sus credenciales. No tenía veintiún años, ni se había graduado en un colegio de etiqueta, ni tenía experiencia en la instrucción moral de jovencitas.

Resultó que la señorita Higgins jamás había asistido a la escuela, sino

que se había fugado de casa. Y mientras Violet dibujaba libélulas sentada en el murete del jardín, su institutriz se dejaba seducir por el hijo del albañil entre los setos. Le juró a Violet que era amor verdadero.

—¿Cuántos años tiene en realidad, señorita Higgins?

La institutriz se quedó mirando a Violet.

—Diecinueve.

—¿De verdad?

—No debería haberte dicho nada —repuso Winifred con mirada rencorosa.

—Yo le conté lo del chico.

—No te acerques a él —le advirtió Winifred—. Por lo menos, estando sola. —Arrugó el entrecejo—. Tengo casi dieciocho. Supongo que vas a decirle a tu tío que he mentado.

—No. —Violet no soportaba la idea de perder a su única amiga—. ¿Va a decirle usted lo del chico?

—Yo todavía no he visto a ningún chico.

—Pero ¿cree que existe?

La señorita Higgins se encogió de hombros.

—Sí, ¿por qué no?

Ese verano, Violet descubrió que tener una institutriz que no sólo era negligente sino que además estaba en deuda con ella, tenía sus ventajas. Muy pronto, Winifred le otorgó pequeñas libertades que hasta entonces le habían estado prohibidas. No se quejaba cuando caminaba descalza por el jardín y le permitía alejarse algo más de la casa para dibujar, hasta que un día llegaron a la ladera que daba a las ruinas de la iglesia.

Se quedaron calladas, mirando las hileras de tumbas cubiertas de musgo que, desde la ventana del cuarto de Violet, parecían tener un aire extrañamente romántico. A la sombra de los altos tejos que, por tradición, custodiaban a los muertos, Winifred musitó:

—¿Por qué querría nadie frecuentar un lugar como éste?

—Para buscar un tesoro enterrado —respondió una voz alegre a su espalda.

Winifred soltó un chillido lo bastante agudo para despertar a un batallón de fantasmas de su sueño eterno y se tambaleó, hundida hasta los

tobillos entre los helechos que cubrían la ladera. Violet la agarró del brazo. Ella también habría gritado, de no ser porque reconoció al joven y recio caballero que se hallaba tras ella, con una pala apoyada en el hombro de su chaqueta con botones de latón.

Era solamente su vecino Eldie, Eldbert Tomkinson, el hijo del médico de la parroquia. Hablaba con ella todos los domingos después del oficio en la iglesia e iba a casa a menudo a jugar al ajedrez con su tío. Sabía recitar poemas enteros del revés y había dibujado un plano de Monk's Huntley en la sábana de su cama.

Violet opinaba que era más listo de lo que le convenía, aunque, a decir verdad, afirmaba creerla cuando le decía que había visto a un chico luchando con la espada en el cementerio. Pero Eldie no era ese chico, y Violet no pudo evitar sentirse un tanto decepcionada al comprobar que se trataba únicamente de su nada emocionante vecino.

—¿Qué hace éste aquí? —susurró Winifred, observando con recelo la pala de Eldbert.

—Está convencido de que hay un tesoro escondido en las tumbas, pero le da miedo mirar solo.

—No me da miedo —dijo Eldbert—. Si quieren saber la verdad, necesito a otra persona para que me sostenga el plano y se encargue de mirar la brújula mientras yo cavo.

Ninguno de los tres había llegado nunca tan cerca de las ruinas.

Unos días después, Violet y Eldbert volvieron a encontrarse y, arrojándose de valor, se deslizaron por el talud, hasta el cementerio. Violet fue a dar contra una tumba, con su cuaderno de dibujo y sus lápices intactos, y Eldbert fue a parar a su lado, con su pala y su pequeño mapa.

Fue sólo cuestión de tiempo que su mutuo vecino y bestia negra, el honorable Ambrose Tilton, se diera cuenta de que últimamente no les veía el pelo y se propusiera descubrir el porqué. Como heredero del vizcondado de su padre, Ambrose sería considerado muy pronto un excelente partido entre las jovencitas casaderas de Monk's Huntley. En opinión de Violet, sin embargo, era un aguafiestas con muy mala intención.

Violet soportó la presencia de Ambrose por deferencia a Eldbert. No

se explicaba por qué aguantaba Eldbert las pullas y la altanería condescendiente de Ambrose, hasta que finalmente Eldie dejó caer que Ambrose recibía constantes palizas de los chicos mayores de la escuela y que, por vergüenza, no se lo contaba a su padre ni al maestro.

—Pero si es un grandullón —dijo Violet, incrédula.

—Tiene miedo —repuso Eldbert—. Algunos chicos son así, miedosos. Deberías sentir lástima por él, Violet.

Y Violet comenzó a sentirla, a pesar de que Ambrose se empeñara en ser la persona más odiosa de toda Inglaterra.

—¿Otra vez estás buscando a ese chico de la espada? —le gritaba por la ladera—. ¡No existe, sabes! ¡Y tampoco hay ningún tesoro enterrado! ¡Ojalá vierais lo ridículos que estáis!

El chico existía, y Violet estaba decidida a descubrir quién era, si bien no estaba segura de tener el valor necesario para aventurarse en las ruinas de la iglesia sin que la señorita Higgins montara guardia en la ladera y Eldbert estuviera a su lado. Donde indudablemente jamás se atrevería a entrar era en el mausoleo hundido en el que el conde y sus allegados descansaban desde hacía más de un siglo.

—¿Quieres entrar en las catacumbas? —le preguntó Eldbert.

—No. ¿No es ahí donde están enterrados los que murieron de peste?

—Sí —contestó el muchacho, apartándose de las gafas un mechón de pelo corto y negro—. Los sepultureros los amontonaban unos encima de otros.

—Qué espanto.

Se movían al unísono, deslizándose sigilosamente entre macizos de hierba y lápidas resquebrajadas. Violet sólo leía algunos de los nombres y epitafios de las tumbas por las que pasaba. Se resistía a creer que la muerte acabara así, en la ruina y el abandono, y se alegraba de que la madre de Eldie estuviera enterrada en el camposanto del otro lado del pueblo.

La voz de su amigo la sobresaltó.

—Esto sería la laguna Estigia —dijo Eldie, apuntando con la pala hacia el arroyuelo que se adentraba sinuosamente entre los restos esqueléticos de la capilla sin techumbre y bajaba por los peldaños que llevaban

a las cámaras subterráneas. Delante de la entrada había colocado un enorme pilar de piedra.

Violet miró hacia las negras y sofocantes criptas y sintió que un escalofrío recorría su espalda. Pero no era un escalofrío de miedo, sino de emoción.

—Pues si esto es la laguna Estigia, entonces estamos a las puertas del inframundo. Espero que no haya nadie en casa.

Eldie giró la cabeza.

—¿Qué ha sido ese ruido?

Violet escuchó el murmullo cantarín del arroyo y el latido de su propio corazón y a continuación oyó un ligerísimo roce de metal contra piedra.

—Creo que ahí dentro vive algo, Eldbert —susurró.

—Un zorro, seguramente. O almas en pena. O quizás algo peor. Ya lo exploraremos otro día.

—De todos modos, se supone que no debemos estar aquí.

—Exacto —convino él, y tiró de Violet escalera arriba, cogiéndola de la mano.

Habían llegado arriba y salido a trompicones a la explanada del cementerio cuando de lo hondo de la cripta hundida se alzó un eco estruendoso. Eldbert echó a correr hacia la ladera. Algo, sin embargo, impulsó a Violet a volverse.

—Eldbert —susurró—, mira. ¡Es él!

El chico tenía la cabeza agachada cuando salió de la cripta, pero se irguió al subir las escaleras y avanzó hacia ella por entre los penachos de hierba.

Violet estaba tan asombrada que no pudo moverse. El rubio cabello de elfo le caía hasta por debajo del recio mentón. Desde donde estaba ella, sus ojos daban la impresión de reflejar la luz como cristales. Iba extrañamente vestido, con elegantes pantalones de nanquín, camisa a rayas y una andrajosa casaca amarilla que llevaba con tanto garbo como si fuera un manto forrado de armiño.

Eldbert chocó con ella y dijo en voz baja, aterrorizado:

—Es del palacio de los pobres.

—¿De dónde?

—Del asilo —repitió él—. ¡Vámonos, deprisa!

Violet sintió que su cuaderno de dibujo resbalaba hacia un lado cuando Eldbert tiró de nuevo de ella. Su amigo tenía razón. Siempre tenía razón. Aquel chico podía ser misterioso, pero no por ello tenía que ser amable, y en cuanto a que fuera del asilo, en fin, eso no podía esgrimirlo en su contra.

—Lo siento, si te hemos molestado —se apresuró a decir—. Confíamos en que pudieras ser nuestro amigo. Te he visto practicar con la espada y estaba tan impresionada que... que... Me llamo Violet Knowlton y éste es mi vecino, Eldbert Tomkinson. No deberíamos estar aquí.

El chico no dijo nada. De hecho, permaneció tan impasible que Violet se preguntó si la había entendido. Esperó un momento. Tenía ganas de echar a correr, pero su instinto le advertía que era ya demasiado tarde. Había confiado en hacerse amiga suya, pero saltaba a la vista que a él no le interesaba lo más mínimo.

Luego, sin embargo, sus ojos cambiaron. Detrás de su fría plata brilló un destello de color. Sus labios finos dibujaron una sonrisa.

—Me llamo Kit —dijo en tono bastante cortés, pero antes de que a Violet le diera tiempo a tomar aire, sacó la espada que llevaba oculta bajo la túnica y apuntó con ella hacia su hombro—. Creo que voy a tener que tomarte como rehén.

Eldbert soltó su pala.

—Pero ¿qué te ha hecho?

Kit lo miró un momento.

—Tú no te metas.

—¡Corre, Violet! —la instó Eldbert—. ¡Ve a buscar a mi padre y a los criados mientras yo lo retengo aquí! ¡Trae a la señorita Higgins si la encuentras!

El chico soltó una carcajada burlona con la que dio a entender que Eldbert no le intimidaba en absoluto.

—Bueno, adelante —le dijo a Violet—. ¿Por qué no haces caso a tu hermanita y corres a casa?

—No hace falta que te pongas desagradable —respondió Violet sin

pensar en las consecuencias —. He dicho que sólo hemos venido para que seamos amigos.

—Y yo he dicho que iba a tomarte como rehén, en las criptas, y no hay nada que esta basurilla pueda hacer para impedírmelo.

Al oír aquel insulto dirigido a Eldbert, Violet recobró por fin el sentido común y reaccionó sin pararse a pensar en lo que podía suceder. Se quitó violentamente el chal y lo arrojó a la cara de su presunto secuestrador.

—Ojalá no te hubiera visto nunca. No me extraña que estés solo en este horrible lugar. ¿Qué sentido tiene blandir una espada contra enemigos invisibles?

Kit levantó la espada para desembarazarse del chal, pero los flecos se habían enredado en la empuñadura. A pesar de su destreza en el manejo del arma, las hebras de lana se resistieron a desprenderse, hasta que al final la chica, que ignoraba el peligro que corría, las desprendió de un tirón y le lanzó una mirada fulminante.

Volvió a echarse el chal sobre los hombros con una dignidad que le hizo sentirse sucio y avergonzado. La había reconocido, sabía que era la muchacha que lo miraba desde su ventana, y sabía también que ya habría informado al asilo si tuviera intención de hacerlo. Servía, en cierto modo, como público para sus ejercicios de esgrima. Era mejor compañía que los rivales muertos a los que desafiaba a levantarse de sus criptas para medirse con él en un combate de espadas. Los fantasmas no le harían daño. Los supervisores de la parroquia sí, si lo descubrían haraganeando en horas de trabajo.

Les gustaba azotar a los chicos hasta dejar al descubierto el hueso, o colgarlos cabeza abajo toda una noche, o encerrarlos a solas en una celda. Ése era el castigo que más odiaba Kit, sobre todo cuando el guardián metía unas cuantas ratas en la celda para que el preso se sintiera menos solo.

Kit había vivido en el asilo desde que se lo habían llevado del orfanato para niños expósitos, hacía casi doce años, cuando tenía dos. En el re-

gistro del orfanato figuraba que una enfermera lo había encontrado bebiendo en la puerta del edificio, abandonado y envuelto en un manto forrado de piel de zorro.

Ahora le permitían salir tres horas todos los días para ir a recoger piedras y servir como espantapájaros en los campos del viejo granero. Iba al cementerio en busca de paz. No sabía por qué lo atraían las catacumbas y las lápidas torcidas, como no fuera porque ocultaban un túnel de desagüe que llevaba al asilo.

Hacía un siglo y medio, la peste había assolado Monk's Huntley. Sólo un par de familias se habían salvado de la epidemia. Una maldición pesaba sobre el cementerio. Más allá de la sombra de los tejos que lo rodeaban, sólo crecían hierbajos y hongos que él decapitaba con saña en cuanto asomaban la cabeza.

A veces ponía en escena una gran lucha de espadas sólo para la muchacha. Estaba lo bastante lejos como para no poder distinguir que era un pobre de catorce años. O que la espada que escondía en la cripta era en realidad una azada y no una hoja de acero toledano.

Era bastante guapa, con el pelo oscuro, ojos relucientes y una voz clara. Su cara le recordaba a uno de esos broches que lucían las amables y caritativas señoras que visitaban el asilo para pobres.

Pero a los internos jamás se les permitía comer una de las tartas de crema o las empanadas de carne que preparaban para ellos. Los guardianes confiscaban las cestas de comida, y se acabó. Así que, por él, la chica de la ventana podía seguir mirando. Mirar era gratis. Era el contacto lo que no soportaba Kit. Había aprendido a defenderse a edad muy temprana de las ásperas manos que se colaban por debajo de su manta. Pronto llegaría el día en que se rebelaría y lucharía, o se marcharía para siempre. Se había dado de plazo hasta octubre. O escapaba, o lo venderían a un desconocido como aprendiz cuando cumpliera dieciséis años. El asilo no daba a los pobres el lujo de decidir su destino.

Miró ceñudo a la muchacha.

—No decía en serio lo de tomarte como rehén. Al menos no con esto. —Lanzó hacia atrás la azada—. Era un juego. Manejar la espada es un juego. No te habría hecho daño. Vete a casa.

—Lo siento —dijo ella.

—¿El qué?

Violet se mordió el labio.

—Haber estropeado tu secreto.

Kit estaba seguro de que no volvería a verla.

La primera vez que la había visto en la ventana, había pensado que era una inválida. Luego había fantaseado con que era una heredera de Londres a la que mantenían cautiva para pedir un rescate. Nadie en su sano juicio buscaría a una chica perdida en Monk's Huntley.

Pasadas un par de semanas, había llegado a la conclusión de que la tenían encerrada como castigo por desobedecer a sus padres, y había sentido lástima de ella. Había llegado a un sinfín de conclusiones acerca de Violet antes de que se hicieran amigos.

Y ni una sola de ellas había dado en el clavo.

Capítulo 2

Cuatro días más tarde, Ambrose descubrió el secreto de Violet y Eldbert. Sospechaba que se traían algo entre manos y le fastidiaba infinitamente saberse excluido de un entretenimiento en los que, según él, eran sus dominios. Ambrose no aceptaba órdenes de nadie, salvo de su madre, a la que le tenía un miedo tremendo, y de sus compañeros de clase, cuyos abusos lo llenaban de ira y de vergüenza.

Casi le dio un soponcio cuando descubrió que Violet y Eldbert no sólo se habían aventurado a entrar en el cementerio prohibido para hacerse amigos de un chico del asilo para pobres, sino que el chico en cuestión estaba enseñando a manejar la espada al patoso de Eldbert. Violet estaba sentada sobre una lápida, no podía haber encontrado un sitio más repugnante, tejiendo una guirnalda con tréboles de la ladera.

El chico delgado y rubio fue el primero en reparar en él. Al verlo entornó los ojos con expresión hostil, como si supiera quién era, y era lógico que así fuera. Después se irguió, adoptando una postura que parecía desafiar todo cuanto representaba Ambrose.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Eldbert en un tono imperioso que antes nunca había osado emplear.

Algo había cambiado. No. Todo había cambiado. Violet y Ambrose siempre habían jugado a lo que él quería jugar. Ahora, sin embargo, Violet se levantó de la lápida y unos cuantos tréboles cayeron de la guirnalda que había estado tejiendo para... para un patán, para un pobretón, para un don nadie, para... ¡santo cielo!, para un chico que llevaba puestos los

pantalones que a él lo habían acusado de extraviar apenas una semana antes.

—¿Qué hacéis? —balbució, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. ¿Por qué os relacionáis con...?

—Con el Caballero de la Espada Invencible —dijo Violet, lanzando una mirada al otro chico—. Tienes prohibido entrar en sus dominios a menos que cumplas sus normas.

—¿Sus normas? ¿Sus normas? ¿Ahora tengo que cumplir las normas de un pordiosero? ¿De un pordiosero que lleva unos pantalones que me ha robado? —Al decir esto, su cara se volvió de color púrpura—. ¡Te los llevaste de la cuerda de tender! —Comenzó a saltar arriba y abajo, chillando indecorosamente—. ¡Marchaos a casa los dos o le diré a mi madre lo que estáis haciendo!

—No —dijeron Violet y Eldbert al unísono.

Eldbert añadió:

—Si se lo dices, nuestro amigo se meterá en un lío.

Ambrose se quedó boquiabierto cuando el otro chico agarró la espada que descansaba sobre una de las tumbas.

—¡Eso es de tu padre, Eldbert! —exclamó—. Es...

—Tendrás que prometer guardar el secreto si quieres unirse a nosotros —terció Violet dulcemente—. ¿Verdad, Kit?

Pero Ambrose y Kit se limitaron a mirarse fijamente, luchando con la mirada hasta que Eldbert dijo:

—Si nos guardas el secreto, Kit te enseñará a pelear, Ambrose, y nadie volverá a hacerte daño.

—No puedo llevar una espada a la escuela.

—Hay otros modos de enfrentarse a los matones.

Ambrose regresó a la tarde siguiente con dos espadas cortas que pertenecían a su padre.

Ese verano se vieron cada vez que se presentaba la ocasión. Divididos en parejas, competían buscando tesoros, sirviéndose de los mapas que dibujaba Eldbert. Su único hallazgo verdadero fue la amistad. Violet inventaba reinos encantados y hacía dibujos, a pesar de que se enfadaba por que los chicos rara vez se estaban quietos. Kit enseñó a Ambrose los

rudimentos del manejo de la espada y cómo lanzar y esquivar un puñetazo, habilidades éstas que había perfeccionado en el patio del asilo. Ambrose siguió siendo tan insoportable como siempre, pero le puso un ojo morado a un chico de la escuela y tuvo que reconocer a regañadientes que había sido gracias a Kit.

Cuatro amigos, pensó Violet satisfecha mientras miraba, ceñuda y concentrada, su cuaderno de dibujo. Cinco si contaba a la señorita Higgins, que pasaba cada vez más tiempo con ella desde que había descubierto que su albañil iba a casarse con otra en septiembre.

Una tarde, Kit se descuidó. Estaba luciéndose con la espada delante de sus amigos y, cuando la institutriz de Violet se percató de que era la hora de la cena, ya no le quedó tiempo más que para recoger unas cuantas piedras del campo. Antes de que se diera cuenta, se había hecho de noche.

Los chicos mayores del asilo se apoderaban de los túneles cuando oscurecía. Perdería sus privilegios de paso subterráneo si incumplía las normas. Además, después de estar en compañía de Violet se sentía como un ser humano. Le gustaba mantener esa ilusión de integridad, al menos hasta que regresaba al asilo.

Ahora, sin embargo, por haber estado perdiendo el tiempo donde no debía, tendría que atravesar a pie el bosque, confiando en poder cruzar el patio principal a escondidas, antes de la cena, la cual consistiría en un cuenco de orín rancio. Si nadie le cubría las espaldas, lo azotarían hasta que la sangre le calara la camisa. El dolor sería de por sí espantoso, y además no sabía si podría evitar que sus amigos de fuera descubrieran que vivía como un perro, por más que intentara impresionarlos.

Para colmo de males, se dio cuenta de que no estaba solo en el bosque. Oyó murmullos procedentes de la maleza, más adelante. Aminoró el paso y se encaramó a la horquilla de un roble albar. Si a alguien se le ocurría abalanzarse sobre él, no se lo pondría fácil. Podía bajar de un salto y propinar a uno de sus asaltantes una patada en el hocico y al otro en los cataplines. Esperó. *Mierda*. Contó tres cabezas en la espesura.

Después, pasado un momento, se dio cuenta de que la presunta víctima no era él. Un caballero de mediana edad, cubierto con una capa corta, llegó a lo alto del camino. Llevaba bajo el brazo un bastón largo y parecía estar disfrutando de un relajado paseo, sin percatarse de que tres hombres lo aguardaban escondidos. Kit podría haber silbado para advertirle, de no ser porque tenía sus propias preocupaciones.

No tendría más remedio que quedarse de brazos cruzados mientras aquellos brutos despojaban al caballero de su reloj de bolsillo y de cualquier otra cosa que hubiera tenido la imprudencia de llevar al bosque.

No es asunto mío, se dijo, y cruzó los brazos detrás de la nuca.

Los tres bandidos salieron de sus escondrijos con la sutileza de un jabalí: uno de ellos golpeó al caballero en la tripa; otro, lo asaltó por la espalda y el tercero, que empuñaba un cuchillo de carnicero, se lanzó hacia sus rodillas.

Iba a ser una masacre.

—¡Eh, vosotros, cerditos! ¡Aquí! —gritó Kit antes de que le diera tiempo a refrenar el impulso, y metió la mano en el bolsillo para coger un puñado de piedras.

Apoyado en una rodilla, las lanzó con fuerza, rápidamente. Los tres salteadores se ofrecieron como blancos al levantar la vista para localizar su escondite. Eso mismo hizo la víctima, que, vista más de cerca, no parecía ni tan distraída ni tan indefensa como había pensado Kit.

Sus ojos se clavaron en él un instante, como si supiera quién era. Naturalmente, a esas alturas ya no quedaba otro remedio que meterse en la refriega. Y de todos modos prefería que le dieran una tunda en una pelea decente a que se la dieran en el patio del asilo.

Se incorporó, apoyándose en el árbol con ambas manos para impulsarse al saltar. Casi había llegado al suelo cuando distinguió un destello de plata y el bastón de paseo del caballero se transformó en una espada de aspecto mortífero.

La hoja refulgió en la penumbra y una mancha roja brillante apareció en el brazo del primer asaltante. Kit arrojó con todas sus fuerzas las piedras que aún tenía en los bolsillos y se echó a reír al ver huir a los ladrones fracasados.

—Patético —masculló—. Son unos aficionados.

—En efecto —dijo una voz profunda en la oscuridad.

Alarmado, Kit sintió que el vello de la nuca se le erizaba. Se volvió, lleno de curiosidad a su pesar, y observó el bastón de paseo antes de mirar a los ojos al desconocido.

—Esos cretinos no tenían nada que hacer. Buen trabajo, señor.

—Te he visto en el cementerio —dijo el hombre lentamente—. ¿No te da miedo que te pillen?

Kit tropezó al pisar una piedra.

—¿Cómo te llamas?

Como si importara. Como si algo importara más allá de que, por culpa de aquel hombre, iba a perder a los únicos amigos que había tenido en su mísera vida.

—Yo soy el capitán...

Kit no esperó a oír una palabra más.

Echó a correr.

Violet comprendió que parecía una desagradecida. Era su cumpleaños, y al entrar en el salón, después del desayuno, se había encontrado a un maestro de baile esperándola.

Su tío carraspeó.

—Es nuestro regalo para ti, Violet.

—Gracias —dijo, mirando más allá de él, hacia la ventana. Vio a Eldbert acechando entre los rosales. Le hacía señas para que saliera. Violet hizo una mueca.

—Violet —dijo su tía, azorada—. Has estado pidiéndole a tu tío clases de baile desde que nos mudamos aquí.

—Lo sé, pero... ¿tiene que ser hoy, tía Francesca?

—¿Por qué? ¿Es que no te encuentras bien?

—A lo mejor es eso, creo.

—Entonces retírate enseguida. No queremos que el maestro se ponga enfermo después de haber venido desde tan lejos para darte clases. El doctor Tomkinson dijo en la iglesia que hay...

Violet corrió a la puerta antes de que su tía pudiera cambiar de idea. Le encantaba bailar. Quería recibir clases de baile. Pero se sentía tan desgraciada que no sería capaz de ejecutar como era debido las figuras del cotillón.

Hacía tres semanas que Kit no aparecía por el cementerio. Violet lo buscaba desde su ventana cada mañana y cada noche, como había hecho antes incluso de estar segura de que existía. Eldbert se aventuraba a diario a cruzar el cementerio hasta el lindero del bosque, pertrechado con el telescopio de su padre para escudriñar la parte exterior del asilo.

—¿Lo has visto? —preguntaba Violet una y otra vez.

No podía evitar preguntarlo, aún sabiendo que Eldbert se lo habría dicho enseguida si lo hubiera visto.

—Había demasiada gente pululando por el patio —contestó Eldbert—. Parecía haber una procesión de carruajes delante de las puertas. Como si hubieran ido visitantes a dar una vuelta por el edificio.

Ambrose lo miró con aire burlón.

—Venga ya, Eldie, ¿quién iba a querer visitar un sitio que es prácticamente una prisión?

—¿Una prisión? —preguntó Violet, horrorizada—. Yo creía que era...

—¿El palacio de los pobres? —Ambrose la miró consternado—. ¿Qué creías, que de verdad era como un palacio? Lo próximo será decirme que Kit te ha convencido de que está de vacaciones cuando viene a merodear por el cementerio. Es un mentiroso nato y un fanfarrón.

—Conmigo nunca ha fanfarroneado de nada —replicó Violet, aturrida—. Por lo menos, respecto a dónde vive. No es una prisión.

Eldbert lanzó a Ambrose una mirada de advertencia, pero Ambrose no le hizo caso.

—¿Quién crees que se cría en un orfanato para expósitos? —le preguntó a Violet.

—Pues huérfanos, claro. Niños desgraciados, como yo, que han perdido a sus padres.

—Niños a los que nadie quiere —replicó Ambrose cruzando los brazos como un genio satisfecho—. Maleantes y bastardos.

Un rubor poco favorecedor inundó las mejillas de Eldbert.

—Yo perdí a mi madre. ¿Me estás insultando?

Ambrose miró más allá de él, hacia Violet, que sabía que debía taparse las orejas para no oír lo siguiente y que sin embargo no pudo hacerlo.

—Gachas aguadas para comer —prosiguió Ambrose—, trabajar para desconocidos como un esclavo, latigazos, ésa es la vida del asilo.

—Kit nunca se ha quejado delante de nosotros de que tuviera hambre —balbució Violet—. Ni una sola vez. Nunca me ha pedido nada de comer.

Al menos, no en voz alta. Y, sin embargo, ahora que lo pensaba, tampoco había rehusado nunca los emparedados de jamón de Eldbert. El hecho de que se alejara para comérselos le había parecido una muestra de cortesía por su parte. Pero ¿se había parado alguna vez a considerar la posibilidad de que estuviera hambriento? ¿De que su cara afilada y huesuda fuera consecuencia de unas privaciones que le daba vergüenza reconocer?

—Eres tú quien miente, Ambrose —añadió con convicción—. Tu viste envidia de Kit desde la primera vez que lo viste. Se le da mejor la espada que a ti. Es más guapo, más noble, más...

—No pide nada porque roba lo que quiere —repuso Ambrose—. Santo Dios, me robó los pantalones. Es un pordiosero, un ladrón y un mentiroso.

Eldbert cerró el puño y echó el brazo hacia atrás.

—No mires, Violet —dijo, irguiéndose hasta alcanzar una altura imponente, y Violet se preguntó si había crecido de la noche a la mañana—. Yo me encargo de responder a ese ultraje.

Violet habría protestado de no ser porque una voz que conocía muy bien la llamó desde lo alto de la ladera. Miró distraídamente y vio a Winifred entre los árboles del bosquecillo.

Se recogió de mala gana la falda, dispuesta a acudir a la llamada de su institutriz. Eldbert asestó el puñetazo tan pronto ella se volvió. Oyó que Winifred la llamaba de nuevo con una nota de angustia.

—¡Viene su tío, señorita! ¡Ha estado buscándola por todas partes!

Violet contuvo un gemido de sorpresa y agachó la cabeza instintiva-

mente cuando el puño de Eldbert se estiró para propinar otro golpe y acertó a Ambrose en la barbilla. La torpe batalla que siguió no le interesó lo más mínimo. Estaba demasiado preocupada por la desaparición de Kit.

Llegó junto a Winifred en el instante en que el barón salía resoplando del bosquecillo, en lo alto de la ladera. Miró a su sobrina y a la institutriz unos instantes, como si intuyera que pasaba algo raro pero no acertara a decir qué era.

—¿Se puede saber qué haces tan cerca del cementerio, Violet? —preguntó.

Violet no podía mentirle. La señorita Higgins, en cambio, sí podía... y eso hizo.

—Oyó pelearse a Eldbert y a Ambrose, señor, y ha intentado intervenir.

En cualquier otra ocasión, el barón habría dicho «bobadas», pero al ver que Eldbert subía cojeando por la cuesta con la nariz ensangrentada, se sorprendió.

—Vaya, vaya —dijo—. Espero que le hayas dado una buena tunda, Eldbert.

Violet tocó el brazo de su tío.

—Tío Henry, ¿has estado alguna vez en un asilo?

El barón miró de nuevo hacia el cementerio. Después, permitió que Violet lo llevara hacia el sendero que conducía a la casa.

—Sí, querida, sí que he estado.

—¿Es tan horrible como dice Ambrose?

Su tío titubeó. Violet levantó la mirada hacia él y esperó. Era un hombre honrado y ella sabía que podía confiar en lo que le dijera.

—Hay pocos sitios en el mundo tan espantosos como un asilo, Violet. Compadezco a quienes han de vivir en ellos y depender de nuestra caridad.

—Pero a los niños los tratan bien, ¿verdad?

—A algunos, sí. Pero a la mayoría, no. Duermen veintitrés en una habitación.

—¿Y les pegan?

—Sí, les pegan.

—¿Por qué nadie lo impide?

—La parroquia necesita fondos para construir una escuela decente y un hospital donde cuidar a los enfermos, y para separar a los niños de los delincuentes.

—No imaginaba que pudiera existir algo así —dijo angustiada, mirando hacia el bosque.

Y con aquel conocimiento recién adquirido, su ingenuidad dio paso a una compasión que alteró el curso de su vida.

Uno de los guardianes había pillado a Kit trepando por la verja cerrada y le había dado un manotazo en la cabeza que le había hecho verlo todo rojo.

—Así que Don Cucaracha ha tenido a bien volver a casa, y por la puerta, esta vez. Ahora sí que la has hecho buena, Kit. Pronto estarás en prisión, muchacho, o te venderán al mejor postor. Casi tienes la edad.

Lo azotaron en el patio a primera hora de la mañana siguiente. Se mordió la lengua para no gritar. Los gritos sólo conseguían asustar aún más a los niños más pequeños a los que estaban azotando al mismo tiempo. Por estúpido que pareciera, pensar en Eldbert y en Violet alivió un poco el escozor. Les había engañado, haciéndoles creer que era invulnerable. Ahora le tocaba engañarse a sí mismo.

La vara volvió a bajar violentamente. Kit dio un brinco y una mano lo agarró por la camisa. La costura del hombro se rasgó. *Qué rabia*. Violet y la señorita Higgins se avergonzarían de él. *No pienses en ella. Para.*

La prisión...

Un hospiciario. Un pordiosero sucio y esmirriado.

Dadme otra oportunidad. Nací en pecado y no sé por qué, pero juro que por dentro soy bueno. Sé que no se nota. Sé que sólo soy un...

—¡Levanta! —ordenó una voz, y un agua sucia le dio en la barbilla.

Cerró los ojos. Mejor así. Ya no veía ninguna cara. No venía nada en absoluto.

El verano estaba tocando prematuramente a su fin. Kit cumplió quince años. Estaba siempre nervioso y se sentía constantemente vigilado. Todos los días moría o desaparecía alguno de sus compañeros del asilo. Sabía que él sería el siguiente.

Frunció el ceño al ver el retrato suyo que Violet tenía sobre el regazo.

—Deja de hacerlos.

Ella levantó la vista.

—¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó, tapándose la boca con el puño para sofocar la tos.

—Estás muy colorado. Y tienes los ojos rojos.

—Estoy bien. No me dibujes. Siempre tienes que retratarme como un príncipe o un caballero. Píntame como un don nadie.

Al día siguiente, el guardián del asilo le diagnosticó el sarampión. Kit deseó que la enfermedad acabara con él, pero no fue así. Se recuperó antes que sus amigos del asilo, pero todavía se encontraba mal casi dos semanas después, cuando se escapó al cementerio a ver a sus amigos.

—¿Qué te pasa, Kit? —le preguntó Violet mientras miraba a Ambrose y Eldbert batiéndose con la espada entre los árboles.

Kit notó que no había llevado su cuaderno de dibujo y se sintió mal por ello. Pero se sintió aún peor cuando ella se levantó con los ojos vidriosos y le puso la mano sobre la mejilla.

—¿Qué ocurre?

Bajó la mano. Después comenzó a toser y se tambaleó.

—¡Dios mío! —exclamó él—. ¡Eldbert! ¡Ambrose!

Los chicos echaron a correr hacia ellos. Cuando llegaron, Violet estaba temblando y se tapaba los ojos con el brazo.

—¿Por qué hay una luz tan brillante? —musitó—. Aquí abajo nunca hay tanta luz.

—¿Qué le has hecho, pordiosero asqueroso? —preguntó Ambrose, asustado.

Violet se tambaleó y estiró el brazo.

—He cogido la peste —dijo en voz baja—. Me siento como si me fuera a morir.

Eldbert la miró horrorizado. Ambrose se puso de color gris y echó a correr hacia el bosque.

— ¡Ayúdame, Eldbert! — ordenó Kit, cogiéndola en brazos.

Incluso pálida y enferma, Violet era preferible a lo que veía en el asilo, y además si estaba así era por su culpa.

— ¿Dónde está la señorita Higgins?

— No lo sé — contestó Eldbert, dando trompicones detrás de Kit, que avanzaba a rápidas zancadas—. ¿Adónde la llevas?

— A su casa.

— Pero te...

— Mira, ¿puedes por lo menos cogerla por los pies? Si se muere, pesará sobre mi conciencia.

— ¿Morirse? No puede morirse. Yo tuve el sarampión hace unos años y sobreviví. Mi padre dice que se está extendiendo otra vez por la parroquia, pero... Violet no puede morirse.

Kit recordaría toda su vida aquella escena. Subió a toda prisa por la ladera y corrió hacia la casa solariega. El mayordomo, que apareció en la puerta, le lanzó una mirada de gratitud y tomó a Violet en brazos. El barón salió de la casa con una mirada asesina y, detrás de él, una señora, la baronesa, dedujo Kit, dejó escapar un gemido de angustia.

Kit vigiló la ventana de Violet esperando verla, consciente de que si moría sería culpa suya. Eldbert y él velaron fuera de la verja del jardín de la casa, hasta que un día ella apareció en la ventana y les saludó lánguidamente con la mano.

— Atiza — dijo Eldbert, pasándole su telescopio a Kit—. Tiene un aspecto horrible.

Para Kit, no. Estaba guapísima, y viva.

Una semana después, Ambrose cogió el sarampión. Tuvo tos y mucha fiebre y después culpó a Kit de haber puesto en peligro su vida. La señorita Higgins, que se había contagiado hacía años, no cayó enferma.

La pequeña pandilla se encontró por última vez una tarde de princi-

pios de agosto. Habían conseguido escaparse únicamente porque la baronesa había acompañado al padre de Eldbert a visitar a familias enfermas de la parroquia. Kit contempló la cara de Violet y pensó que ni siquiera su palidez enfermiza impediría que los hombres se enamoraran de ella. A Eldbert y Ambrose iban a enviarlos al colegio. Pronto a Violet no le quedaría ningún amigo, pensó.

—Yo también voy a marcharme —dijo.

Ella lo miró desde el otro lado del prado, consternada.

—¿Adónde?

—Van a venderme —contestó—. Hay un cartel puesto en la verja del asilo, por si queréis comprarme.

—¿Van a...?

Se odió a sí mismo por haberle dicho la verdad, aunque fuera por su propio bien. Una chica como Violet no debía jugar con chicos peligrosos como él. Era tan inocente que, de haber estado en su poder, Kit se habría quedado en aquella parroquia dejada de la mano de Dios para protegerla.

—Si tienes suerte, serás aprendiz de un herrero o de un deshollinador —comentó Ambrose con cierta compasión—. ¿Alguien ha pujado ya por ti?

Le dieron ganas de estampar su cara arrogante contra una de las lápidas.

—Pues sí. Todavía no es oficial, pero parece que voy a servir a un capitán de caballería.

Ambrose soltó un bufido desdeñoso.

—¿Te refieres a ese viejo borracho que cree que el fantasma de su hijo ronda por este cementerio?

Kit se sacó una piedra del bolsillo.

—Ya no bebe —repuso, desafiando con la mirada a Ambrose a contradecirle—. Y sabe que su hijo está muerto. Murió en la guerra.

Violet se había dado la vuelta. Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Cuándo te vas, Kit?

Lanzó la piedra al aire y la cogió. Le dolía la garganta y pensó que otra vez iba a ponerse enfermo.

—No lo sé.

—Podría ser peor —dijo Eldbert, colocándose las gafas—. Podría haberte comprado un dentista. A mí no me importaría servir a un oficial del ejército. No es fácil ser el hijo del cirujano del pueblo.

Metió la mano dentro de su chaqueta y sacó un abrecartas que, dedujo Kit, procedía del escritorio de su padre.

—¿Para qué es eso? —preguntó Ambrose, interesado.

—Es para que sellemos con sangre nuestro pacto de amistad y acordemos encontrarnos todos de nuevo dentro de diez años.

Violet miró a Kit.

—¿Cómo vamos a llamarnos? —preguntó.

Él le sonrió.

—Los Bobos Sangrantes. —Arrugó el ceño mirando a Eldbert—. ¿Vas a hacerle una cicatriz?

—No te preocupes, Kit —dijo ella.

Kit volvió la cabeza. Sentía un inexplicable impulso de besarla y sabía que, por el bien de Violet, era una suerte que tuviera que marcharse.

Celebraron la ceremonia junto al arroyuelo que corría entre las criptas. Ambrose fue quien más gritó cuando se pinchó el dedo, no tanto por el dolor como por la sangre que le goteó en los pantalones. Su grito hizo acudir a la señorita Higgins, que aguardaba en la ladera. La institutriz lavó la mancha en el arroyo con una piedra, como una Lady Macbeth con cofia, mientras refunfuñaba:

—Perderé el trabajo si tengo que explicar que he permitido esto estando bajo mi cuidado. Sois incorregibles los cuatro.

—Los cinco —murmuró Violet.

Los seis, de hecho, contando al hijo que la señorita Higgins ignoraba aún que llevaba en sus entrañas.